

Amianto es un libro urgente

Raúl Zecca Castel, antropólogo

*Amianto* es un libro urgente. Lo lees todo de una vez o no lo lees. Es una piedra rodante, de bordes contundentes, que se convierte en avalancha, una página tras otra: palabras afiladas como fibras de asbesto, que hieren el alma; en primer lugar, la del escritor, hasta que un chorro de veneno dulce, de repente, no se derrama de ella. Una advertencia necesaria: el escritor de este libro no es el autor, nada más lejano. Es Alberto, hijo de Renato Prunetti, un simple trabajador, un obrero como muchos, pero un obrero muerto, muerto a golpes de asbesto.

Esta es la razón principal por la cual *Amianto* puede considerarse una auto-bio-etno-grafía familiar, un objeto literario híbrido: investigación periodística, diario de a bordo, ficción científica, en cualquier caso, ejercicio terapéutico de catarsis no solo individual. Alberto Prunetti es el involuntario antropólogo de sí mismo, de su entera genealogía. No necesita sumergirse en la realidad que describe en busca, según la mejor tradición malinowskiana, del supuesto punto de vista de los nativos. Alberto ha nacido y crecido en esa realidad, en ese cruel campo de observación empedrado de metales pesados y tachonado de fábricas: es, en todos sus aspectos, un verdadero nativo, y su observación no puede ser más que irremediabilmente participante

Ahí yace el enorme valor de *Amianto*: por ser un testimonio directo, desde adentro, de ese mundo gris y tóxico y, al mismo tiempo, por ser el relato de un sobreviviente, de otra potencial víctima fallida. Porque Alberto ahora escribe, se dedica al trabajo cultural, el trabajo de la memoria, y solo puede hacerlo en la distancia, liberado de la apnea que ese mundo le impuso, ya que no existe conocimiento sin distancia, y no hace falta molestar a la semiótica de Peirce para comprenderlo.

Y, sin embargo, la distancia, la escritura, el trabajo intelectual, implica y lleva consigo un sentimiento de culpa que, de alguna manera, las páginas de *Amianto* intentan racionalizar, metabolizar, digerir, significar, posiblemente resolver. De hecho, Alberto puede escribir porque Renato sacrificó su vida por él. De ahí el experimento catártico. Pero el asunto no es entre ellos dos solos. Freud no tiene nada que decir aquí. El conflicto no es familiar, no tiene que ver con un hijo y su padre o con Edipo. Más bien, tiene que ver con dueños y trabajadores, capital y mano de obra. Tiene que ver con el poder, las clases sociales, la vida y, precisamente, la muerte. Tendrían mucho que decir, en cambio, Deleuze y Guattari, con su esquizoanálisis anti-edípica y su invitación, ante todo, a desear la denuncia de lo existente y, de ahí, a revoltarse. En el fondo, esto es lo que hace Alberto cuando escribe sobre Renato, quien es el símbolo y el ejemplo generacional de la clase obrera más humilde, trabajadora y perdida. Renato es muchos, multitud, nombre de todas las víctimas anónimas de la enésima masacre impune. Vidas de poco valor para los que cuentan; gente que apenas sabe contar hasta setenta, los euros que alargan a regañadientes en las pensiones de supervivencia.

*Amianto* es un caballo salvaje. Ninguna caricia en el hocico puede ablandarlo.